

## EL VATICANO.

---

### I.

La morada Pontificia del Vaticano no es propiamente un palacio; es un conjunto de palacios; edificio gigantesco por sus proporciones, no obedece á aquel plan artístico, ni presenta aquella unidad grandiosa, que imaginó Rosellini en los tiempos y bajo la inspiracion de Nicolas V. Escaleras de mármol con bóvedas que suponen dificultades arquitectónicas felizmente vencidas; capillas con gran riqueza decoradas; estancias y salones en que las artes ofrecen maravillas sin número; galerías inmensas, jardines deliciosos, biblioteca, museos; todo esto constituye el Vaticano, especie de ciudad, donde se guardan los más preciados tesoros de la civilizacion y de la cultura de los siglos. En las cámaras más modestas de ese palacio, que las cuenta por millares, reside habitualmente el Soberano Pontífice. Nuestro gran Felipe II, levantando en el Escorial un templo para Dios y una choza para el Rey, respondia bien con la octava maravilla al pensamiento que se simboliza en la admirable fábrica del Vaticano. Cuando visitemos las ruinas del palacio de los Césares, y las termas y los teatros en sus bóvedas imponentes y en sus columnas destrozadas y en sus muros, que aún conservan vestigios de pinturas y mosaicos, podremos leer, cual en páginas desgarradas y sueltas de un libro escrito por la vanidad de los hombres, la manera como se entendía el poder, la idea del mando y del imperio en los tiempos que pre-

cedieron al triunfo de la libertad cristiana. En el palacio de los Césares se daba culto al hombre y se adoraba la materia. En el palacio de los Pontífices se da culto á Dios y se rinde tributo á las excelencias del espíritu en sus más puras y delicadas manifestaciones. El Vaticano es el primer museo de Europa. La historia de las ciencias y de las letras puede formarse en su vasta biblioteca: la historia de las artes está escrita en sus muros, en sus tapices, en sus galerías. Escuela clásica y culta de belleza y de buen gusto, los grandes maestros de la antigüedad y de los tiempos modernos, Miguel Ángel y Rafael, en ella abren diariamente los tesoros de su genio al provecho y enseñanza de todos los pueblos y de todos los artistas. No unos pocos días ni unas pocas semanas, sino meses y aún años, se necesitarían para formar idea exacta de las grandes obras de arte que guarda el Vaticano. En libros voluminosos las han ilustrado insignes profesores: nada hay que no esté descrito y explicado: anda, pues, en manos de todo el mundo el inventario de esa gran riqueza, conservada respetuosamente y sin cesar acrecida á través de los siglos, por la solicitud y augusta munificencia de los Pontífices. No he de reproducir en este lugar catálogos que corren en guías y en manuales; voy tan sólo á recordar aquellos objetos que más poderosamente llaman la atención, dejando volar la pluma sin pretensiones de magisterio estético, ántes bien retratando con la fidelidad posible las impresiones recibidas y los pensamientos que en el alma despertaron.

## II.

Desde la tosca y sencilla indicación de la cruz, de la paloma ó del cordero, trazada en las Catacumbas por la mano piadosa de un adorador del Evangelio, hasta la *Escuela de Atenas* y la llamada *Disputa del Sacramento*, pintadas por Rafael en los afortunados muros del Vaticano, el arte de la pintura se des-

envuelve con un carácter, que en vano intenta desconocer ó amenguar el displicente escepticismo de nuestros días. Si á Roma hay que acudir para estudiar debidamente la historia de todas las bellas artes, la de la pintura y escultura hacen inexcusable el viaje, como que tienen allí escritas sus páginas y sus capítulos de más vital interés. Fuera de Italia existen ricas galerías, depósitos admirables de lienzos y de tablas, que son gloria inmarcesible de las generaciones que pasaron y embeleso de la actual. Lóndres, París, Viena, Munich, Dresde, Berlín, ostentan con orgullo sus museos. El nuestro de Madrid es todavía digno de aquella gran nación que un tiempo presidía los destinos de Europa. En el palacio del Prado, en el alcázar de los reyes, en el convento de la Trinidad, y fuera de Madrid en catedrales como la de Sevilla, Toledo y Córdoba y Valencia, en los museos provinciales, en las casas de los amantes de lo bello, se guardan todavía joyas artísticas de primer orden, felizmente salvadas de los estragos y de los furores vandálicos de los motines interiores, de las guerras con el extranjero. De todos los grandes maestros, de todas las escuelas, de todas las épocas, con haber llenado las galerías de Europa, merced á la propia negligencia, bien explotada por la ajena codicia, poseemos ejemplares sobresalientes. Desde la admirable tabla de Van-Eik, verdadero relicario del ministerio de Fomento, hasta el cuadro de Rosales, victorioso, con justicia, en la última exposición universal, nuestra pinacoteca española puede competir, si no en número, en valor con la más preciada de Europa. En obras de Velazquez nó reconoce rival; y Velazquez, en estos días de candidaturas para los tronos, va teniendo muchos votos para ocupar el trono de la pintura.

Pero el gran movimiento artístico que en el siglo XVI se deja sentir en Europa, en Italia tiene su principio: de allí viene el impulso; allí están los maestros de aquella edad; allí han dejado sus obras capitales, los rasgos característicos de su genio, de su sabiduría y de sus errores. La idea de llamar renacimiento á la estrepitosa aparición de las artes en el período de lucha y de transformación, que precedió al Pontificado de Leon X, va perdiendo terreno entre los críticos sensatos: el

paganismo estaba muerto de muchos siglos, irremisiblemente muerto: sobre los jardines de Neron se levantaba el Vaticano: el Panteon de Agrippa era ya Santa María *ad Martyres*: en el Circo máximo, donde los cristianos servian de pasto á las fieras para espectáculo y recreo de la ociosa muchedumbre, se alzaba ya la cruz del Redentor: en buen hora se despertara con desacostumbrado empeño el estudio de la antigüedad griega y romana; en buen hora las corrientes del gusto se desbordaran por el camino de la mitología, falsificando á toda hora las maneras de hablar, de ver y de sentir de los siglos de Augusto y de Pericles: todo esto que constituye un fenómeno, de que dá fácil noticia la soberbia ciencia moderna llamada filosofía de la historia, era quizá más bien un eclipse que una aurora, era acaso la decadencia del espíritu ante la usurpada majestad de la materia: ¿quién sabe si era el amortecimiento de la fé eso que generalmente se llama el renacimiento de las ciencias y las artes? ¿Cómo? ¿Hay quien pone en duda, exclamará algún lector poco reflexivo al fijarse en este párrafo, hay quien pone en duda el progreso que en el camino de la humanidad señala el siglo xvi? No; no lo pone en duda el autor de estos apuntes: quiere que se restituya á las cosas su nombre verdadero y que se distribuya con peso y con medida la justicia de los tiempos lo mismo que la justicia de los hombres: quiere que no se confunda, y procura no confundir, lo que es luz y lo que es tinieblas; lo que es marchar adelante y lo que es ir atrás; lo que es uso y lo que es abuso; lo que es morir y lo que es renacer: la gran oleada pagana del siglo xvi, que poco á poco fué retirándose como las ondas de un mar embravecido, dejó en la orilla gérmenes de soberbia y rebelion, que produjeron no tarde la planta del libre exámen y el árbol del protestantismo, regados una y otro con sangre muy preciosa, abundantes una y otro en frutos de tristeza y desolacion: esto en la esfera del pensamiento y de la conciencia: en las regiones de la fantasía y en el dominio de la ciencia de lo bello, el influjo pagano, oscureciendo y voluptuosamente sensibilizando aquella idealidad ingénua y candorosa que resplandecía en el arte cristiano, tuvo que esculpir por necesidad Junos y Céres al querer escul-

pir vírgenes de Nazareth; tuvo que pintar actrices y cortesanas al ofrecer en el lienzo ó en la tabla la imágen de la Magdalena: convertida á la materia y á la forma la intensidad creadora, extraviado el genio del artista, el ambiente y la simpática expresion de los afectos delicados tuvieron que ceder, en el vulgo de los pintores y de los escultores, al rigor inflexible de las matemáticas y á las prosáicas exigencias de una perfecta y atildada anatomía. Ni los grandes maestros quedaron del todo libres del contagio. Miguel Ángel y Rafael, que personifican el apogeo, la edad de oro de las artes en Italia, ofrecen en sus obras inmortales la enseñanza y la demostracion de aquella verdad, como oportunamente observaremos. La capilla Sixtina con sus grandes frescos nos lo revelará; los mármoles animados de Buonarrotta vendrán en comprobacion de nuestras palabras: si se cotejan los primeros cuadros de Rafael, aquellos que pintó bajo las suaves y apacibles inspiraciones de la escuela de Perugia, segun la manera del Beato Angélico y de Giotto, y aún los que le sugirió la escuela de Florencia en un principio, con los que produjo su talento, influido ya por las impresiones *naturalistas* de la misma Florencia, y sobre todo de Roma, á vista de la gran cúpula de San Pedro, ante el espectáculo de las maravillas del arte griego y romano, se advertirá que todo cuanto ciertas obras del de Urbino ganan en esplendor y en grandiosidad, pierden en dulzura y en aquella celestial sencillez, carácter infalsificable de la inspiracion cristiana: entre las Madonnas de su primera edad y aún de la segunda, entre la *Sacra familia*, que posee nuestro Museo Real de Madrid, y la *Escuela de Atenas* ó las *Sybilas* ó la *Galatea*, se ve patente el camino recorrido por el insigne maestro desde la más pura idealidad á la estatuaria, desde la sencillez dulcísima de las tintas y del ambiente, á la complicacion estudiada de las formas, desde la percepcion y la complacencia del espíritu, al halago y delectacion de los sentidos. ¡Bien haya la pléyada ilustre de pintores españoles, á quienes quizá la misma organizacion social de nuestra España en el siglo de Carlos V y de los Felipes preservó de la pagana tiranía! No se ignoraban, ciertamente, en nuestra tierra las fábulas mitológicas, ni

eran desconocidos los modelos de la gentilidad en todas las manifestaciones de la belleza artística; pero el sentimiento religioso, fuente de inspiración en aquellas almas privilegiadas, tenía más encantos y más vigor estético que la desnudez inverecunda de los griegos y que el materialismo corruptor de los romanos. Las vírgenes de Murillo son prodigios de hermosura sobre fondo de pureza: los santos de Zurbarán infunden devoción: ante el Cristo de Velázquez se inclina la frente y se doblan las rodillas. Los artistas cristianos oraban y enseñaban á orar con los pinceles y con el cincel. La invasión pagana del siglo XVI enturbió las fuentes del arte y del buen gusto: la invasión racionalista del siglo XIX las ha secado. Cuadros de asuntos cristianos con genios y con parcas, estatuas de la Justicia y de la Prudencia con la forma y atributos de Minervas ó Dianas, revelan un extravío de la conciencia estética, pero son buenos cuadros y magníficas estatuas: por los unos y por las otras se ve que el arte vive. Hoy la mitología, agotada por las generaciones que pasaron, incapaz de interesar ó conmover á la presente, no puede prestar asuntos ni campo nuevo á los artistas: los acontecimientos históricos y las creencias religiosas se discuten, se contradicen ó se niegan. Lo bello cede su lugar á lo cómodo y á lo útil: el dibujo lineal mata al dibujo de adorno: la máquina hace inútil el escoplo y el martillo: la fotografía sustituye á la pintura: el escepticismo cierra los caminos á la inspiración: el arte no es ni siquiera pagano; no obedece á ningún orden de sentimientos, y se acomoda á todos: ha contraído alianza con la industria, y la industria lo ha anulado. El arte no existe con aquella vida propia, con aquellos caracteres que han dejado huella imborrable en siglos que apenas hoy sabemos apreciar. Hay en Europa, hay en nuestra España, artistas de grandes facultades, autores de obras que en otros tiempos hubieran atraído las miradas y el aplauso de todos los amantes de la belleza. Pero ¿quién los estimula? ¿quién puede exigir que se pare ante un cuadro ó ante una estatua esta generación inquieta y aturdida, que multiplica y condensa en una semana, quizá en un día, acontecimientos con que la historia antigua llenaba años y aun centu-

rias? Cuando todo se disuelve y se contradice y se niega; cuando las tradiciones y los usos característicos y hasta los trajes peculiares de los pueblos y de las razas se van olvidando y como fundiendo en una especie de unidad europea, procurada por los esfuerzos del vapor y de la electricidad; cuando el culto de la ganancia positiva y la escéptica sumisión al éxito van formando la norma de conducta de las sociedades modernas, ¿cómo han de prosperar las artes, pacíficas de suyo, creyentes por naturaleza, necesitadas del prestigio de la tradición y del entusiasmo que inspiran las glorias de lo pasado y las esperanzas de lo porvenir? La generación de hoy, en su afán inmoderado de allanar el terreno donde se sienten las interminables barras de sus caminos de hierro, va cortando todos los árboles seculares y cegando las claras fuentes, á cuya sombra y por cuya orilla crecían y se deleitaban las bellas artes, ilustres desterradas de la civilización moderna. ¡Pobre España de nuestros tiempos! Para que haya bellas artes es preciso, ante todo, que haya sociedad, que haya siquiera clases: una democracia como la de Grecia, una aristocracia como la de Roma, instituciones poderosas como el Pontificado ó como las Monarquías que alumbra la aurora del siglo XVI; tales son las esferas en que las nobles artes han tendido majestuosamente sus alas y alcanzado sus vuelos más portentosos. Cuando la mano prosáica de los banqueros se encarga de pagar con oro las obras de los artistas, el arte descende á ser artículo de comercio, la inspiración huye avergonzada y el genio se hace egoísta. Cuando el monarca más poderoso de la tierra, el César invicto, ornado con los laureles de Pavía, recoge del suelo el pincel de Tiziano, ó cuando D. Felipe IV pinta con su propia mano la cruz de Santiago en el retrato de Velázquez, el arte viene á ser el más puro reflejo de la gloria nacional; el arte entonces produce obras, no ya dignas del magnate que las paga, sino del pueblo y de la sociedad, y del siglo en que las produce. Es un fenómeno constante en la historia de las ciencias estéticas: cuanto es más alto y más puro el principio de donde las obras de arte se derivan, más larga es su duración y más incontestable es su belleza. Bajo la inspiración de Augusto y de Agrip-

pa se hace el Panteon de Roma; bajo la inspiracion de las cortesanas de Claudio y de Neron sólo se logran las obscenidades de los frescos de Pompeya. Por el impulso creador de D. Felipe II de España, surge el Escorial; por el impulso destructor de los demagogos de hoy, se arruinará pronto la Alhambra. Las bellas artes han vivido alguna vez en medio de sociedades agitadas por grandes sacudimientos, dominadas por grandes preocupaciones; pero preocupaciones y sacudimientos de gigante, no miserables guerras de alevos ni vicios capitales de conformacion moral: las bellas artes, que alguna vez acaso por sorpresa han asistido á las orgías de los palacios, nunca, ni por acaso, se han dignado bajar á honrar los patios de los presidios.

### III.

Embebidos en estas reflexiones que fácilmente produce el ingreso en el Vaticano, hemos subido una buena parte de la magnífica escalera de Bernini, á cuyo pié se levanta como centinela augusta la estatua ecuestre de Constantino, y nos hallamos en la *Sala Régia*, digno vestíbulo de las capillas Paulina y Sixtina, donde ostenta sus más legítimas glorias el valeroso pincel de Miguel Ángel. Las galerías de Roma son ricas, riquísimas, en cuadros notables de casi todas las escuelas y autores; las recorreremos rápidamente en ocasion oportuna; pero la gran riqueza pictórica del Vaticano está en los frescos: la pintura mural, la más interesante y la más difícil, la que más descubre las maravillas del dibujo y más á prueba pone la grandeza en la concepcion y el tino en la ejecucion de los artistas, es la que guarda en el Vaticano obras que tres siglos hace admira el mundo culto; es la que constituye principalmente la gran escuela abierta allí á la juventud estudiosa de todas las naciones. Miguel Ángel y Rafael tienen en la capilla Sixtina y en la cámara de la Signatura la noble ejecutoria de

su principado artístico. Antes de penetrar en el primero de estos dos recintos, templo á la vez de la religion y del arte, detengámonos un momento en la *Sala Régia*, cuyas paredes ofrecen notable interes: diez grandes cuadros de complicada composicion y de correcto dibujo la decoran: todos representan sucesos históricos de la mayor trascendencia. Tadeo Zuccheri nos ofrece á Carlomagno poniendo á la Iglesia en posesion de sus estados: enfrente se ve á Gregorio IX en el acto solemne de excomulgar al emperador Federico II, que siete años ántes en la iglesia de San Pedro habia recibido, con su mujer Constanza, la consagracion y corona de manos del Papa Honorio. La venerable figura del nonagenario Pontífice resalta en el fresco de Vassari, cuyo conjunto, rico de belleza artística, se resiente de la afectacion y amaneramiento en que incurrieron de lleno los artistas de segundo y tercer órden despues del siglo xvi. Omitiendo la descripcion de los otros cuadros alusivos á la historia de Otton I y de Pipino, restituidores á la Iglesia de las ciudades y estados, que ya entónces formaban su patrimonio legítimo, y á la reconciliacion de Federico I con la Santa Sede, ocupada por el tercer Alejandro, excelente pintura de Giuseppe Porta, y á la reinstalacion de la Silla Pontificia en Roma por Gregorio XI despues de los setenta y seis años de permanencia en Avignon, obra tambien de Vassari; prescindiendo, porque no es posible analizarlo todo, de aquel Gregorio VII lleno de majestad y de dulzura que absuelve á Enrique IV, y del otro cuadro que recuerda la batalla en que Túnez fué reconquistada bajo Paulo III, el viajero español tiene por necesidad que detenerse ante tres de aquellas pinturas, que vivamente interesan á nuestra historia nacional: sobre la puerta que da entrada á la sala ducal, hallamos reproducido por Livio Agresti de Forli, con primoroso estilo, con los caracteres todos de la buena escuela romana, un asunto puramente español: de su fondo sale la noble figura del rey de Aragon Pedro II, que en 1204, surcando los mares con cinco galeras, llegó en buen hora á las orillas del Tiber á prestar homenaje ante la santidad de Inocencio III, á recibir la consagracion solemne en la iglesia de San Pancracio y la espada de caballero de manos del Pon-

tífice en la Basílica Vaticana: al lado de la capilla Sixtina se ve en un gran fresco la reunion de la armada que Pío V y Felipe II aprestaban contra el turco: no léjos, junto á la escala régia, aparece desenvuelta por el vigoroso pincel de Vassari la batalla, que inmortalizó á nuestro D. Juan de Austria y hará perdurable el nombre de Lepanto. Notable es la composicion por la multitud de figuras que en ella entran y la variedad de objetos que la desarrollan: las naves, las máquinas de guerra, las olas del mar, los trajes, armas, actitudes de los combatientes, todo forma un conjunto grandioso, una obra notable por el dibujo y áun por el colorido: el viajero español delante de aquella página tan bella de nuestra historia, entre los grupos de aquellos esforzados adalides de la causa de la cristiandad y de la civilizacion, busca solícito una figura cuyo recuerdo irá perpétuamente unido al de la batalla de Lepanto; en cada soldado de los tercios españoles quiere descubrir al escritor sin segundo, que allí, en aquel fiero combate, en la más alta ocasion que vieron los siglos, quedó lisiado de un brazo, como si el cielo quisiera que al llamar las generaciones futuras *Manco de Lepanto* al inmortal autor de *El Quijote*, á un tiempo mismo honrasen al hombre, cuyo ingenio admira el mundo, y la bélica hazaña, que hundió para siempre el poder del islamismo.

## IV.

A dos capillas artísticamente famosas da ingreso, como queda dicho, la Sala Régia, así llamada porque en un tiempo eran en ella recibidos los representantes de los reyes y soberanos de la tierra: la capilla *Paulina*, erigida por Paulo III, y la *Sixtina*, á que dió nombre el pontífice Sixto IV.

La capilla Sixtina, donde ordinariamente se celebran los oficios religiosos con asistencia del Papa y de los cardenales, es, á pesar de su aparente desnudez, el gran relicario artístico del Vaticano. El viajero desprevenido de noticias y áun de aficio-

nes estéticas, que guiado por un *cicerone* sólo ve por de pronto un salon cuadrilongo, alto de techo, alumbrado por ventanas que dominan una galería, sin más adornos que un tapiz, ni otro moviliario que unos bancos encarnados y unas tribunas á manera de palcos, y algun que otro caballete de pintores extranjeros, no es difícil que pregunte: ¿Cuándo llegamos á la capilla Sixtina? Y la capilla Sixtina es aquélla. En un principio la vista apénas se recrea en la multitud de figuras que llenan las paredes, un poco descoloridas ya por el humo de las luces y por el humo de los años: luégo comienza la confusion que producen aquellos grupos extraños, aquellas actitudes á que los ojos no están acostumbrados en otra obra alguna de arte: despues, en la mayor parte de los viajeros se verifica un fenómeno de resignacion al voto unánime de tres siglos: la mayor parte de los viajeros declaran, sobre la conciencia ajena, que aquello es verdaderamente maravilloso: algun que otro inglés, como Simond, tiene la franqueza de confesar que el gran fresco de la Sixtina le parece un *pouding* de resucitados: el menor número de los viajeros repiten uno y otro y otro dia la visita, y al cabo de muchas horas de contemplacion empiezan á ver una parte de la belleza, y sobre todo una parte de la sabiduría que en aquellos muros se contiene.

Construida la capilla Pontificia en 1473, quiso desde luégo Sixto IV que en su decoracion pictórica se empleáran los primeros artistas de su tiempo. Y en tiempo de Sixto IV los pintores de mérito abundan ya en Italia: en la segunda mitad del siglo xv el movimiento artístico es tan visible, que no parece sino que todas las fuerzas vitales del entendimiento y de la fantasía se ponen de acuerdo para solemnizar acontecimientos magníficos, diríase que para celebrar la venida al mundo de genios como el de Isabel de Castilla y Cristóbal Colon y Leonardo Vinci y Miguel Ángel y Rafael. Porque á la manera que á la aparicion del sol precede aquella claridad de la aurora, cuya completa explicacion escapa á la humana ciencia, y cuya reproduccion perfecta escapa al humano pincel, así al resplandor soberano de los grandes luminares de la historia preceden alboradas en que el espíritu se deleita y la humanidad